Literatura y diferencia

• Francesca Gargallo •

Las mujeres colombianas, feministas y no, están insertas en un mundo multiétnico y plurilingüístico de modernidad inconclusa, donde se vislumbran rasgos posmodernos de interpretación (es decir de puesta en duda de la legitimidad del discurso dominante) y formas de vida premoderna. Su sociedad dinámica conjuga profundos contrastes, violencia desbordante y el aprendizaje de una sexualidad responsable; es la que describen en su literatura y aquella desde la cual piensan su realidad.

María Mercedes Jaramillo, Betty Osorio de Negret y Angela inés Robledo consideran que la presencia de las mujeres en todos los sectores de la sociedad colombiana y su progreso económico es un hecho innegable que transforma la vida cotidiana de la nación y que ejerce una presión ideológica hacia una percepción positiva del ser femenino.

Esto, junto con la aparición de grupos de estudios influenciados por la experiencia feminista de los años setenta y ochenta, el interés por lo femenino en las instituciones académicas y la existencia de asociaciones que se encargan de organizar encuentros de poetas y escritoras, las han llevado a preocuparse por ahondar en las características de la literatura femenina en el siglo XX. El resultado es una recopilación en dos tomos sobre las opiniones de veintiocho literatas y críticas literarias: *Literatura y diferencia. Escritoras colombianas del siglo XX* (Ediciones Uniandes y Editorial Universidad de Antioquía, Bogotá 1995).

Según las tres autoras, aceptar que los problemas de las mujeres colombianas son parte intrínseca de la sociedad en general, y que deben resolverse en este contexto, plantea un doble compromiso para quienes se interesan en ellos. Así para superar la marginalidad

Foto: Rotmi Enciso

femenina no es suficiente eliminar la miseria y las limitaciones laborales ni la brecha, enorme, entre la situación de las mujeres que han tenido acceso a la educación y se han integrado a la vida pública y las que no han alcanzado estos derechos. Es preciso, además, percatarse de que el condicionamiento social que encierra y jerarquiza a la mujer en una posición de inferioridad se reproduce con sus peculiaridades en clases sociales más altas y en países más desarrollados.

La conciencia de que existe esta doble problemática, que imbrica lo político y lo individual, ha llevado a las compiladoras a recoger y editar una serie de ensayos que dan cuenta de ella a lo largo de la trayectoria que ha seguido la escritura de las colombianas del siglo XX. Han seleccionado escritos desde diversas posturas ideológicas y enfoques teóricos, porque consideran indispensable abrir un diálogo en que se incluyan las diferentes posiciones ante el feminismo, explorar un espacio aún desconocido y contribuir a una controversia vigente que divide a las autoras colombianas.

La diferencia de temas, estilos, intereses y actitudes de las autoras responden a motivos históricos (es diferente la escritura de las poetas autodidactas de principios de siglo a la de las plumíferas profesionales contemporáneas) e ideológicos. Estas ilustran sobre procesos y situaciones que se reflejan en toda la producción literaria femenina del siglo XX.

Jaramillo, Osorio y Robledo logran en esta obra sin precedentes en América Latina recoger posiciones que se encaminan hacia la configuración de una historia literaria. Sus análisis, y las de las antologadas, identifican por lo menos tres momentos claves de la evolución de la práctica escritural femenina (el de la aceptación de los cánones, el de la rebelión y el del autodescubrimiento) y subrayan el impacto de ciertos grupos de autoras y autores para la modificación del caracter marginal de la escritura femenina.

Estudiar la literatura de las mujeres colombianas en la encrucijada entre lo moderno y lo posmoderno, como hace Teresa Rozo-Moorhouse, de la Universidad de Hawai, implica reconocer la universalidad de su escritura, la negación de lenguajes, instituciones y moldes tradicionales mediante un proceso de juego léxico con el humor y la ironía y la inversión de valores para plasmar un nuevo orden y transformar la sociedad.

A la vez, escritoras como Monserrat Ordóñez rompen con la adscripción de la escritura a un oficio, reivindicando una identidad autoral libre de los esquemas masculinos y de las clasificaciones académicas: "Me siento un camaleón de la palabra, que cambia de color y tal vez no tiene uno propio".

Según Isolina Ballesteros, el cuestionamiento del discurso y la búsqueda de nuevos espacios ha llevado a la consideración de lo femenino como algo intrínseco a los nuevos modos de pensamiento, a las nuevas estructuras narrativas. En el contexto cultural latinoamericano, y en especial modo colombiano, las posibilidades para renovar las convenciones novelísticas de siglos anteriores con enormes.